

—No escuchará. Además, lo que el claustro sabe lo ignora el mundo.

Hubo todavía otra pausa: la priora continuó:

—Dejaréis vuestro cascabel. Es inútil que la hermana que esté en el poste advierta que estáis allí.

—¿Reverenda madre?

—¿Qué tío Fauvent?

—¿Ha venido ya el médico de los muertos?

—Vendrá hoy á las cuatro. Ha sonado ya el toque que manda llamarle. ¿Pero vos no oís ningún toque?

—No me fijo más que en el mío.

—Muy bien hecho, tío Fauvent.

—Reverenda madre, se necesita una palanca lo menos de seis pies.

—¿De dónde la sacaréis?

—Donde no faltan rejas no pueden faltar barras de hierro. Tengo un montón de hierro viejo allá en el fondo del jardín.

—Tres cuartos de hora antes de la media noche; no lo olvidéis.

—¿Reverenda madre?

—¿Qué?

—Si otra vez tuviérais que hacer obras como ésta, mi hermano sí que es fuerte. ¡Un verdadero turco!

—Despacharéis lo antes posible.

—No por ganas podré ir más aprisa. Estoy tan delicado; no me vendría mal un buen auxiliar. Cojeo.

—El ser cojo no es una desgracia, es tal vez una bendición. El emperador Enrique II, que combatió al antipapa Gregorio y restableció á Benito VIII, tiene dos sobrenombres: el Santo y el Cojo.

—Es muy bueno eso de tener dos sobretodos,—murmuró Fauchelvent,—que en realidad tenía el oído un poco duro.

—Tío Fauvent, estoy pensando en que debemos tomarnos una hora entera. Y no será demasiado. Estaréis junto al altar mayor con la barra de hierro á las once. El oficio empezará á las doce, y es menester que todo esté concluido un cuarto de hora antes.

—Todo lo haré para probar mi celo por la comunidad. Está dicho. Clavaré el ataúd. A las once en punto estaré en la capilla. Estarán ya allí las madres cantoras y la madre Ascensión. Dos hombres valdrían mucho más. En fin, ¡no importa! Llevaré mi palanca. Abriremos la bóveda, bajaremos el ataúd, volveremos á cerrar. Y punto concluido; no va á quedar el menor rastro. El Gobierno nada sospechará. Reverenda madre, ¿todo quedará así arreglado cómo queréis?

—No.

—¿Hay más que hacer?

—Sobre la caja vacía...

Esto produjo un momento de silencio. Fauchelvent meditaba. La priora meditaba igualmente.

—Tío Fauvent. ¿Qué haremos del ataúd?

—Le enterraremos.

—¿Vacío?

Nuevo silencio. Fauchelvent hizo con la mano izquierda esa especie de gesto que parece dar por terminada una cuestión enojosa.

—Reverenda madre, soy yo quien he de clavar la caja en el depósito de la iglesia; nadie puede entrar allí más que yo; yo cubriré el ataúd con el paño mortuorio.

—Sí, pero los mozos al llevarle al carro, y al bajarle á la fosa, conocerán fácilmente que no tiene nada dentro.

—¡Ah, "dí...!"—exclamó Fauchelvent.

La priora empezó á santiguarse, y miró fijamente al jardinero. El "ablo" se le quedó atascado en la garganta.

Apresuróse á inventar una salida para hacer olvidar el juramento.

—Reverenda madre, llenaré de tierra la caja y hará el mismo efecto que si llevara dentro un cuerpo.

—Tenéis razón. La tierra es lo mismo que el hombre. ¿De modo que llenaréis así el vacío del ataúd?

—Queda á mi cargo.

El semblante de la priora, hasta entonces turbado y sombrío, se serenó. Hizo al jardinero la señal del superior que despide al inferior. Fauchelvent se dirigió á la puerta. Cuando ya iba á salir, la priora levantó dulcemente la voz.

—Tío Fauvent, estoy satisfecha de vos. Mañana, después del entierro, acompañad á vuestro hermano, decidle que lleve también la niña.

IV

Donde parece que Juan Valjean había leído á Agustín Castillejo.

Los pasos de un cojo son como las miradas de un tuerto: no llegan fácilmente á donde se dirigen. Por otra parte, Fauchelvent estaba perplejo. Empleó cerca de un cuarto de hora en llegar á la barraca del jardín. Cosette había despertado; Juan Valjean la había sentado cerca de la lumbre, y cuando entró Fauchelvent le estaba enseñando el cesto del jardinero, pendiente de la pared, y diciéndole:

—Oye bien, hijita. Es preciso que salgamos de esta casa; pero volveremos y estaremos muy bien en ella. Este buen hombre que vive aquí te llevará á cuestras ahí dentro. Tú me esperarás en casa de una señora, á donde iré á buscarte. ¡Si no quieres que te coja otra vez la Thénardier, obedece y no digas otra palabra!

Cosette hizo un movimiento de cabeza con aire grave.

Al ruido de Fauchelvent abriendo la puerta, se volvió Juan Valjean.

—¿Y qué?

—Todo está arreglado, y nada se ha hecho,—contestó Fauchelvent.—Tengo yo permiso para haceros entrar; pero antes es preciso salir. Aquí está el atolladero de la carreta. En cuanto á la niña, es cosa fácil.

—¿La llevaréis?

—¿Se estará callada?

—Yo respondo.

—Pero ¿y vos, señor Magdalena?

Y después de un silencio lleno de ansiedad, exclamó Fauchelvent:

—¡Pero salid por donde habéis entrado!

Juan Valjean, como la primera vez, se limitó á contestar:

—¡Imposible!

Fauchelvent, hablando más bien consigo mismo que con Juan Valjean, murmuró:

—Hay otra cosa que me atormenta. He dicho que la llenaré de tierra, y ahora se me ocurre que, llevando tierra en vez de un cuerpo, no tendrá semejanza verdadera. Se moverá, se correrá, los hombres lo conocerán.

—¿Comprendéis, señor Magdalena? y el Gobierno se apercebirá.

Juan Valjean le miró atentamente, creyendo que deliraba.

Fauchelvent continuó:

—¿Cómo di... antres váis á salir? ¡Y es preciso que todo quede hecho mañana! Porque mañana os he de presentar. La priora os espera.

Entonces explicó á Juan Valjean que esto era en recompensa de un servicio que él, Fauchelvent, prestaba á la comunidad. Que en sus atribuciones entraba algo de sepulturero; que clavaba el ataúd y ayudaba al enterrador del cementerio. Que la religiosa que había muerto aquella mañana había pedido ser enterrada en el ataúd que le servía de cama, y sepultada en la bóveda debajo del altar de la capilla. Que esto estaba prohibido por los reglamentos de policía; pero que la religiosa era una de esas muertas á quienes nada se puede negar. Que la priora y las madres vocales creían que debían cumplir lo mandado por la difunta. Y que tanto peor para el gobierno. Que, él, Fauchelvent, clavaría el ataúd en la celda, levantaría la losa de la capilla y bajaría el cadáver á la bóveda. Y que para recompensárselo, la priora admitiría á su hermano de jardinero y á su sobrina de educanda. Que su hermano sería el señor Magdalena y su sobrina Cosette. Que la priora le había dicho que llevase á su hermano el día siguiente por la tarde después del entierro simulado en el cementerio. Pero no podía traer de fuera al señor Magdalena, si el señor Magdalena no estaba fuera antes. Esta es la primera dificultad. Después había otra: el ataúd vacío.

—¿Qué es eso del ataúd vacío?—preguntó Juan Valjean.

Fauchelvent respondió:

—El ataúd de la administración.

—¿Qué ataúd? ¿Y qué administración?

—Cuando una religiosa muere, viene el médico de la municipalidad y dice: Ha muerto una monja. El Gobierno envía el ataúd, y al día siguiente envía un carro fúnebre y sepultureros, que cargan el ataúd y se lo llevan al cementerio. Vendrán los sepultureros, levantarán la caja, y no habrá nada dentro.

—Pues meted cualquier cosa.

—¿Un muerto? No le tengo.

—No.

—¿Pues qué?

—Un vivo.

—¿Qué vivo?

—Yo,—dijo Juan Valjean.

Fauchelvent, que estaba sentado, se levantó como si hubiese estallado un petardo debajo de su silla.

—¿Vos?

—¿Y por qué no?

Juan Valjean dejó escapar una de esas sonrisas parecidas á un relámpago en un cielo de invierno.

—Sabéis, Fauchelvent, que habéis dicho: la madre Crucifixión ha muerto, y que yo añadí: y el señor Magdalena está enterrado. Pues ahí tenéis.

—¡Ah! os reís; no habláis formalmente.

—Hablo formalmente. ¿No es preciso salir de aquí?

—Sin duda.

—¿No os dije que buscarais también para mí un cesto y una tapa?

—¿Y qué?

—Que el cesto será de pino, y la tapa un paño negro.

—No; un paño blanco. A las religiosas las entierran vestidas de blanco.

—Vaya por el paño blanco.

—Vos no sois un hombre como los demás, señor Magdalena.

Al oír Fauchelvent semejantes ocurrencias, que no eran otra cosa que las salvajes y temerarias invenciones del presidio, surgiendo de las cosas apacibles que le rodeaban, y mezclándose, con lo que él llamaba "la marcha regular del convento", sentía un estupor comparable al de un transeunte que viera á un gaviota metiendo el pico para pescar en el arroyo de la estrecha calle de San Dionisio.

Juan Valjean prosiguió:

—Se trata de salir de aquí sin ser visto; pues no deja de ser este un medio. Pero antes instruidme. ¿Qué pasos se han de dar? ¿Dónde está ese ataúd?

—¿El vacío?

—Sí.

—Abajo, en la llamada sala de los muertos. Sobre dos caballetes y debajo del paño mortuario.

—¿Cuál es la longitud de la caja?

—Seis pies.

—¿Y dónde está la sala de los muertos?

—Es una pieza del piso bajo que tiene una ventana con reja al jardín, la cual se cierra por fuera con un postigo, y dos puertas, una que da al convento, y otra á la iglesia.

—¿A qué iglesia?

—A la iglesia de la calle, la iglesia pública.

—¿Tenéis las llaves de ambas puertas?

—No. Tengo la de la puerta que da al convento, y el portero tiene la de la puerta que da á la iglesia.

—¿Y cuándo abre esa puerta el portero?

—Solamente para dar entrada á los sepultureros cuando vienen á buscar el ataúd. Cuando el ataúd sale, vuelve á cerrarse la puerta.

—¿Quién clava el ataúd?

—Yo.

—¿Quién pone el paño encima?

—Yo.

—¿Vos solo?

—Ningún otro hombre, excepto el médico de la policía, puede entrar en la sala de los muertos. Así está escrito en la pared.

—¿Y podríais esta noche, cuando todos duerman en el convento, ocultarme en dicha sala?

—No; pero puedo ocultaros en un cuartito oscuro que da á la propia sala de los muertos, donde guardo mis útiles de enterrar, y cuya llave tengo en mi poder.

—¿A qué hora vendrá el carro mañana por el ataúd?

—A eso de las tres de la tarde. El entierro se verificará en el Cementerio de Vaugirard poco antes de anochecer. No está muy cerca.

—Bien; estaré escondido en el cuartito de vuestras herramientas toda la noche y toda la mañana. ¿Y para comer? Porque tendré hambre.

—Yo os llevaré que comer.

—Podréis ir á encerrarme en el ataúd á las dos.

Fauchelvent retrocedió, haciendo chasquear los dedos.

—¡Pero es imposible!

—¡Bah! ¿Cojer un martillo y clavar unos clavos en una tabla?

Lo que le parecía altamente difícil á Fauchelvent, era sencillísimo para Juan Valjean, quien había atravesado peores dificultades. El que ha estado en presidio sabe el arte de encogerse según el diámetro de las evasiones. El preso está sujeto á la fuga, como el enfermo á la crisis que le salva ó le pierde. Una evasión es una curación. ¿Y qué es lo que no se acepta para curar? Dejarse encerrar y conducir en un cajón como un bulto, vivir largo tiempo en una caja, encontrar aire donde no le hay, economizar la respiración horas enteras, saber asfixiarse sin morir, todo ello era uno de los sombríos talentos de Juan Valjean.

Por lo demás, un ataúd dentro del cual va un sér viviente, si es estratagema de presidiario, lo es también de emperador. Si hemos de dar crédito al monje Agustín Castillejo, este fué el medio de que se valió Carlos V, al querer después de su adjudicación, ver por última vez á la Blomberg, para hacerla entrar y salir en el monasterio de Yuste.

Fauchelvent, algo tranquilizado, preguntó:

—Pero ¿cómo lo haréis para respirar?

—Respirando.

—¡Dentro de aquella caja! Solamente de pensar en ello me ahogo.

—Tendréis una barrena, está claro; haced unos agujeritos en rededor de la boca, y clavad luego sin apretar la tapa.

—¡Bueno! ¿Y si se os ocurre toser ó estornudar?

—El que se evade no tose ni estornuda jamás.

Y Juan Valjean añadió:

—Tío Fauchelvent, es preciso decidirse: ó ser aquí descubierto, ó salir en el carro de los muertos.

Todo el mundo conocerá la afición de los gatos á pararse y jugar entre las hojas de una puerta entreabierta. ¿Quién no le ha dicho á un gato: pero entra de una vez? Hay hombres que cuando tienen un incidente abierto ante sus ojos, tienen también inclinación á permanecer indecisos entre dos resoluciones, á riesgo de hacerse aplastar por el destino cerrando bruscamente la aventura. Los más prudentes, por más gatos que sean, y porque gatos son precisamente, corren alguna vez mayor peligro que los audaces. Fauchelvent era naturalmente indeciso.

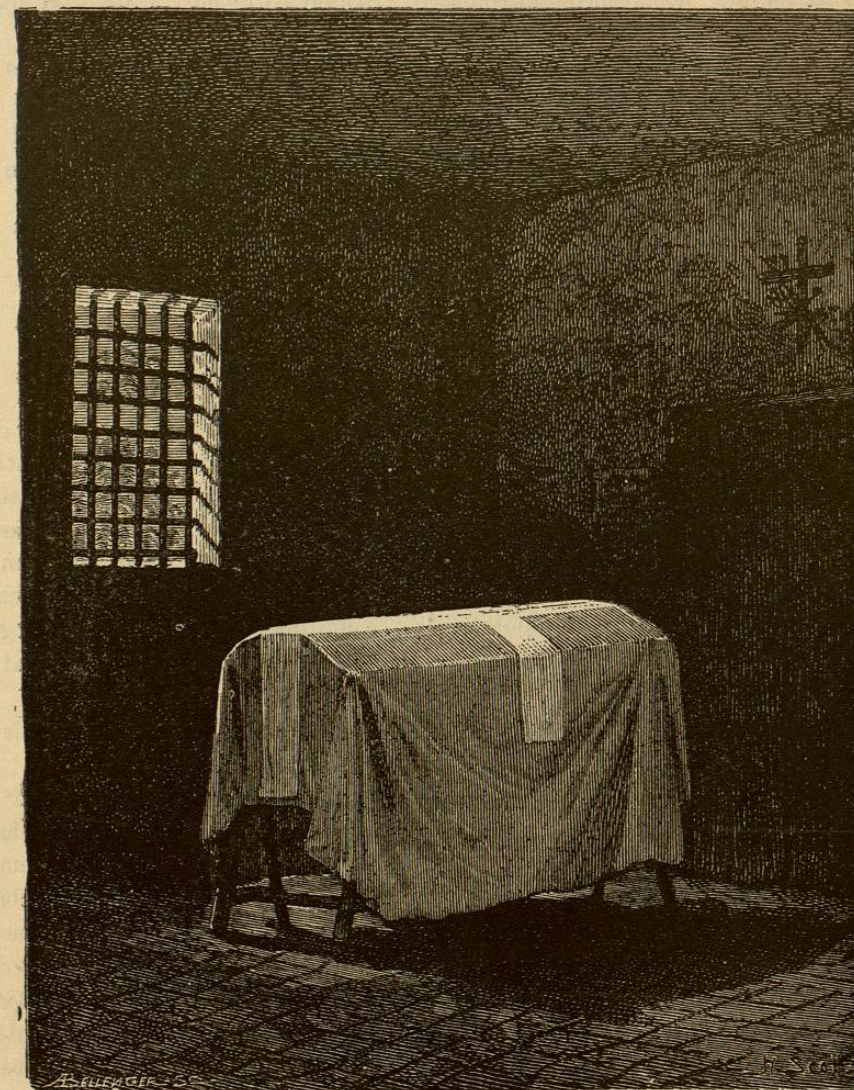
Sin embargo, la sangre fría de Juan Valjean le dominó á pesar suyo, y murmuró:

—La verdad es que no hay otro remedio.

Juan Valjean replicó:

—Lo único que me preocupa es lo que sucede en el cementerio.

—Pues eso es lo que á mí me apura,—exclamó Fauchelvent.—Si tenéis seguridad de salir de la caja, yo la tengo de sacaros de la fosa. El enterrador es un



borrachín amigo mío, el tío Mestienne, un viejo de cepa secular. El enterrador mete los muertos en la fosa, y yo meto al enterrador en mi bolsillo. Voy á decir lo que sucederá. Llegaremos un poco antes de anochecer; tres cuartos de hora antes del cierre de la verja del cementerio. El carro llegará hasta la fosa, y yo le seguiré, porque este es mi deber. Llevaré un martillo, escoplo y tenazas en el bolsillo. Se detendrá el carro; los mozos atarán una cuerda al ataúd, y os bajarán al hoyo. El capellán recitará las oraciones, hará la señal de la cruz, echará agua ben-

dita y se retirará. Entónces quedaré yo solo con el tío Mestienne, que es mi amigo, como os he dicho. Y sucederá una de dos: ó que esté borracho, ó que no lo esté. Si no está borracho, le diré: Vente á echar un trago, mientras está abierto aún el "Buen Membrillo". Me lo llevo y le emborracho: no cuesta mucho emborrachar al tío Mestienne, porque siempre está resbaladizo. Le dejé bajo la mesa, le cojo su tarjeta para volver á entrar en el cementerio, y entro de nuevo solo. Entónces ya no tenéis que habéros las sino conmigo. Si está borracho, le digo: Anda, yo haré tu trabajo. Se va, y os saco del agujero.

Juan Valjean le tendió la mano, y Fauchelvent se precipitó á tomársela con toda la tierna efusión de que puede ser susceptible un campesino.

—Está convenido, tío Fauchelvent. Todo saldrá bien.

—Con tal que nada se descomponga,—pensó Fauchelvent.—¡Sería terrible!

V

No basta ser borracho para ser inmortal.

Al día siguiente, cuando declinaba el sol, los escasos transeuntes de la calle ancha del Maine se quitaban el sombrero al paso de un carro fúnebre de antiguo modelo, adornado de calaveras tibias y lágrimas. Este carro conducía un ataúd cubierto por un paño blanco, sobre el que se destacaba una cruz negra, semejante á un gran cadáver con los brazos colgando. Un coche enlutado, en el que iban un cura con sobrepelliz y un monaguillo con sotana roja, seguía al carro; á derecha é izquierda de él marchaban dos sepultureros de uniforme gris con adornos negros. Detrás iba un viejo cojeando y en traje de artesano. El cortejo se dirigía al cementerio de Vaugirard.

Del bolsillo del hombre se veían salir el mango de un martillo, la hoja de un escoplo y las puntas de unas tenazas.

El cementerio de Vaugirard era una excepción entre los cementerios de París. Tenía, por así decirlo, sus costumbres particulares, lo mismo que tenía su puerta cochera y su puerta pequeña, llamadas en el barrio por los viejos, siempre apegados á los dichos antiguos, la puerta de los caballeros y la puerta plebeya. Las bernardas benedictinas del Pequeño Picpus habían obtenido, según ya hemos dicho, el privilegio de ser enterradas en sitio aparte y por la tarde, en un terreno que había pertenecido á su comunidad. Los sepultureros estaban también sujetos á una disciplina particular, por lo que debían prestar ese servicio en el cementerio por la tarde en verano, y de noche en invierno. Las puertas de los cementerios de París se cerraban en aquella época al ponerse el sol; y siendo esta una medida municipal, estaba sometido á ella el cementerio de Vaugirard, lo mismo que todos los demás. La puerta de caballeros y la puerta de peatones eran dos verjas contiguas, situadas á los lados de un pabellón construído por el arquitecto Perronet, y habitado por el portero del cementerio. Estas verjas giraban por lo tanto inexorablemente sobre sus goznes en el momento en que el sol desaparecía por detrás de la cúpula de los Inválidos.

Si algún sepulturero al cerrarse las verjas se había quedado dentro, no tenía

otro medio para salir, que presentar su nombramiento de enterrador, expedido por la administración de pompas fúnebres. En un postigo de la casa del guarda había una especie de buzón como los de correos. El sepulturero echaba en él su tarjeta; el guarda la oía caer, tiraba de una cuerda, y se abría la puerta de peatones. Si el sepulturero no llevaba su tarjeta, decía su nombre, y el guarda, que solía haberse acostado y dormido, se levantaba, le examinaba, y abría la puerta con la llave. El sepulturero salía, pero pagaba quince francos de multa.



Aquel cementerio, que con sus privilegios especiales rompía la simetría administrativa, fué suprimido poco después de 1830. El cementerio de Mont-Parnasse, llamado del Este, le sucedió, y heredó la famosa taberna medianera con el cementerio de Vaugirard, que tenía una muestra con un membrillo pintado, y formaba ángulo por un lado hacia las mesas de los bebedores, y por otro hacia las sepulturas, con esta inscripción: "Al Buen Membrillo".

El cementerio de Vaugirard era lo que podía llamarse un cementerio en decadencia. Había caído en desuso. Le invadía la yerba, y le abandonaban las flo-